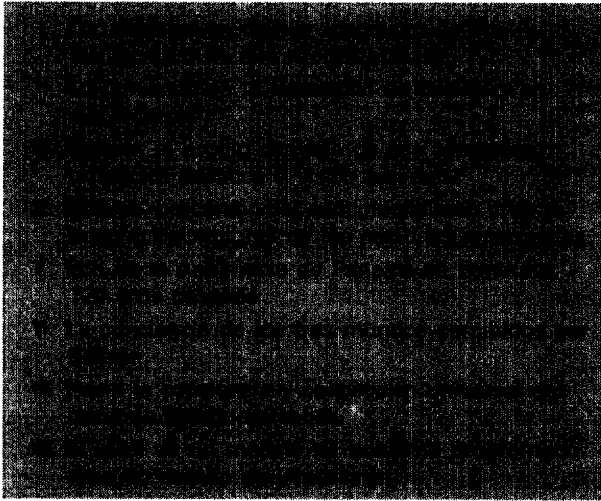


Bolívar, el del pensamiento universal

Kaldone G. Nweihed(Universidad Simon Bolívar)



Al nombre de Bolívar, no son pocos los atributos que se le adosan: el de la lucha por la libertad, el de la paz regida por las leyes, el de la justicia social, el del impulso a la educación, el de las lecturas clásicas, el de la espada y la pluma, el de la estatua ecuestre, el de la protección al ambiente, el de la integración suramericana, el de las dificultades, como una vez se calificó a sí mismo. Uno de los atributos poco enfocados con luz suficiente quizá sea hacia Bolívar, el del pensamiento universal. Hacia el

hombre que, nacido en una apartada colonia del antiguo imperio español o si se quiere en una lejana provincia americana del otrora Estado Universal Español y, munido de una fina educación europea enriquecida con lecturas de los autores más connotados de su época y de las inmediatamente precedentes, amén de los clásicos y medievales, lograra conformar unas ricas corrientes de ideas, teorías y pensamiento político universal. Ideas que sembraron en su región la convicción inequívoca de haber entrado a formar parte natural de la galaxia del mundo que contaba y valía, al tiempo que emitieron al resto de este mismo mundo claras señales de seguir siendo, según sus propias palabras, “un pequeño género humano que posee un mundo aparte; nuevo en artes y ciencias, pero viejo en el uso de la sociedad civil”. Bolívar se atrevió a jugar las dos cartas en tanto pensador por partida doble: como mentor de su mundo aparte y como interprete del universo pleno de la humanidad.

I. Lo universal en Bolívar ¿producto de sus iniciativas o de sus circunstancias?

Pretender plantear una dicotomía tan radical entre el hombre y sus circunstancias, es tema bien traidado y de lugar común. Todos admiramos al filósofo español Ortega y Gasset al declarar a sus congéneres: “Yo soy yo y mis circunstancias”. La fórmula vale para todos, grado más, grado menos. Corresponde, por tanto, revisar, a vuelo de pájaro, las circunstancias de Bolívar.

La primera circunstancia del Bolívar destinado a cambiar la historia de su espacio geográfico, obliga a examinar a ese espacio, su tiempo y sus circunstancias. Hay que partir de hechos tan

elementales como fueran la formación primaria de Iberoamérica, en donde Portugal arribó a la costa atlántica de América del Sur excepto el estuario del Río de la Plata, mientras España ocupaba la cordillera andina volcada al Océano Pacífico por un lado y por el otro el istmo mexicano y centroamericano y las islas del Mar Caribe. El descubrimiento de los imperios precolombinos, principalmente el inca y el azteca con sus riquezas de metales preciosos, llevó a la monarquía española a concentrar su esfuerzo colonizador y a derrochar su esfuerzo creador (gobierno, arquitectura, urbanismo, defensa, comunicaciones) en los territorios de las sociedades precolombinas productoras de oro y plata, elevando, de esta manera, a México y al Perú al más alto nivel administrativo de virreinato. Aquellas regiones que necesitaban de inversión en inmigración peninsular, a ser eventualmente apoyado por un flujo de mano de obra de esclavos llevados desde Africa, pasaría a formar provincias de una suerte de "segunda categoría". Venezuela, Chile, Río de la Plata y Nueva Granada hasta cierto punto, así como el istmo centroamericano y las Antillas, formarían esta segunda opción. Para Portugal, su enorme colonia de Brasil también caería en la línea de la provincia de ultramar que requería de inmigración, de consolidación mediante el trabajo agropecuario y del esfuerzo de los esclavos. Por el lado español hubo de surgir una tercera categoría de colonias: aquellas consideradas muy inhóspitas y prohibitivas, como las Guayanas entre el Orinoco y el Amazonas y, por su falta de atractivo, las pequeñas islas del Caribe. Este fue el boquete por donde entrarían los holandeses, franceses, ingleses y hasta daneses, suecos y letones a sentar bases comerciales y operar puertos de comercio de contrabando frente a la costa firme de la América española.

De modo que, a la hora de comenzar a sentirse en las Américas el efecto de la independencia norteamericana y luego el de la revolución francesa, la reacción no tardó en reflejar las crudas realidades contenidas en la absurda geografía política del imperio español, con un centro como Lima, gracias a los tesoros del Perú, volcado sobre el océano opuesto, mientras el Atlántico permanecía mayormente en manos de Portugal. La condición geopolítica óptima para que en la América española triunfara la insurrección libertadora tenía que surgir de una colonia (o provincia) de segunda, y ello porque los virreinos eran demasiado importantes e hispanizados como para poder dirigirla exitosamente, en tanto las colonias de tercera categoría, islas caribeñas y costas húmedas e inhóspitas, ya estaban en manos de otros europeos. Colonias de la segunda categoría no faltarán a la hora de levantar el pendón de la rebelión o la protesta, como efectivamente sucediera en Quito, La Paz y Bogotá en 1809, pero fue sólo en 1810, cuando Caracas por un polo y Buenos Aires por el otro se sublevaran, comienza la insurrección a recibir la savia vivificadora del socorro por vía marítima, precisamente porque fueron Caracas y Buenos Aires sedes de provincias españolas abiertas al mar "correcto", al mar frente a Europa y, al mismo tiempo, antiguas colonias de segunda, es decir, en la medida más apta para semejante hazaña histórica. La extensión de sus costas sobre el Atlántico fue lo que permitió que llegara el socorro de ultramar, personificado del modo más claro en la aparición, como por atracción telúrica, de sendos almirantes europeos en cada provincia con su respectiva escuadra: Luis Brión, holandés- curazoleño en Venezuela y Guillermo Brown, irlandés, en Argentina.

Esta fue una de las circunstancias objetivas que hicieron necesario que en Venezuela surgiera un Simón Bolívar y en el

Río de la Plata un José de San Martín.

De manera que fueron el escenario venezolano en su momento preciso - al igual que el argentino en el sur y ningún otro más - los únicos que podrían engendrar una guerra eventualmente victoriosa contra el mismo poder colonial. También fueron escenarios naturales que demandarían el brote, de las mismas entrañas de su suelo y arquetipo, del dirigente, líder, capitán o conductor de esa revolución. Hubo algo muy específico en la personalidad y las circunstancias particulares de Simón Bolívar, que lo llevó a percibir ese vacío y, por ende, a ocuparlo plenamente. En su caso hubo el encuentro óptimo entre el hombre y la circunstancia; el cruce del sol con la luna.

Lo único que tuvo que hacer, para pedirle cita al Universo, fue bajar de la silla de Caracas unas cuantas millas en dirección norte y contemplar el mar, en el puerto de La Guaira.

II. Lo universal en la formación de Bolívar y en sus lecturas

El trasfondo de lo que el joven Simón Bolívar percibía en su casa de Caracas, con la tristeza de la orfandad compensada por los cuidados de familiares cercanos, influyó en sumo grado en su orientación intelectual hacia el mundo que quedaba allende el océano. En primer lugar, la familia Bolívar, de origen vasco, se encontraba en la colonia española desde 1589; segundo, contaba con un sólido patrimonio económico que, además de incluir unas minas para la exportación, le garantizaban el privilegio de buscar formación cívica y militar en España. En tercer lugar, y quizá sea éste el factor más significativo, desde niño tuvo acceso a una rica biblioteca en casa de su abuelo, además de contar con las

lecciones de eminentes maestros como el padre Andújar, el pedagogo Simón Rodríguez y el propio Andrés Bello.

En su estudio documentado titulado *La formación intelectual del Libertador* (1978), el polígrafo venezolano Manuel Pérez Vila pasa revista a las bibliotecas de las familias Bolívar y Palacios "para presentar el ámbito de las lecturas del personaje". Menciona varias obras de viajeros y cartas geográficas, destacando, a título de ejemplo, una obra del Abad de Pradt, *Las tres edades de las colonias: o su edad pasada, presente y futura, Viajes en Africa y una Gramática Árábica*.

De los múltiples estudios que existen sobre las lecturas del joven Bolívar, van desfilando los autores más connotados del Siglo de las Luces, en cuyas postrimerías le tocará nacer. En distintas etapas de su formación llega a leer a Voltaire, Rousseau, Montesquieu, Filangieri, Condillac, D'Alambert, Helvetius, Rollin y Volney. En París conoció al sabio Barón Alejandro von Humboldt, apenas hubo regresado, en 1804, de su espectacular viaje por las "regiones equinocciales" el cual habría de comenzar, precisamente, en el tranquilo puerto venezolano de Cumaná, en el Oriente del país y cuna de su futuro lugarteniente el Mariscal Antonio José de Sucre, vencedor del imperio español en la batalla de Ayacucho. De igual manera y en el mismo período, Bolívar trabajó amistad con Aimé Bonpland, médico científico y compañero de Humboldt en sus viajes por el hemisferio americano. El mismo Bolívar se encargará de citar a varios de sus autores preferidos como el astrónomo francés Lalande, el tratadista Mably y el historiador Rollin, autor de acreditadas obras sobre la historia de Roma y de las civilizaciones de la antigüedad: Egipto, Mesopotamia, Persia, Asiria.

Incluso entre sus numerosas campañas, Bolívar no abandonaba

la lectura. Su biblioteca, cuyos componentes variaban, desde luego, según las características de los lugares y las funciones del momento, iba con él, le precedía o le seguía. En la última etapa de su carrera política, desarrolló el hábito de comentar sus lecturas a sus allegados, amigos y familiares. Despachaba a sus edecanes a las distintas ciudades americanas y europeas con el encargo de comprar los libros cuya crítica le había agradado, o aquellos cuya lectura estimaba necesaria al perfeccionamiento de sus conocimientos en el arte de la guerra, en la diplomacia y en las ciencias humanas y sociales que se compaginaban maravillosamente con su intelecto, y ello a sabiendas de que su vida azarosa nunca le permitió cursar estudios universitarios. No obstante, su vasta cultura y radio de conocimientos sobre los asuntos mundiales, fueron extraordinarios para un hombre confinado, por su propio voto y voluntad, entre el Mar Caribe y la Cordillera de los Andes, y dedicado al oficio poco común de libertador de naciones.

Como ejemplo de su temprana devoción por la lectura aún en las circunstancias más adversas, cuando llegó a la isla holandesa de Curazao (temporalmente bajo ocupación inglesa), al salir sin un "maravedí" - dicho por él mismo - con su equipaje embargado a raíz de la caída de la Primera República en 1812, se hospedó en la residencia del ilustrado jurista hebreo Mordehay Ricardo. Allí Bolívar se deleitó conociendo o revisando la biblioteca de su anfitrión, rica en obras sobre el Oriente y el mundo transeuropeo, además de contener muchos de los textos que el viajero, en momentos de dificultad y angustia, a lo mejor aprovecharía para enriquecer su acervo cultural.

El historiador venezolano Tomás Polanco Alcántara en su vasta biografía titulada *Simón Bolívar*, cita un caso ilustrativo de la

vocación lectiva y educativa del Libertador cuando, desde Arequipa en el Perú escribe al Vicepresidente de Colombia, el General Francisco de Paula Santander, en 1825, protestando el tono de un libro escrito por un viajero francés, Gaspard T. de Mollien, en el que critica a Bolívar y le atribuye "ser ligero, poco profundo y el haberse limitado a crear un gobierno mal copiado de Estados Unidos". Bolívar protesta mediante una apología en la que pasó revista a la esmerada formación que tuvo en Caracas y prosigue: "... Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendí los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid: todo bajo la dirección del sabio Marqués de Ustáriz en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero puede ser que monsieur de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses..."

Henos aquí ante un hombre nacido como español americano en Caracas, capital de la Capitanía General de Venezuela, conformada y reconocida como tal por la monarquía de Madrid en 1777 - apenas seis años antes de su nacimiento - , entonces en la cima de su gloria después de haber destruido al imperio español en la mitad de la América del Sur e inspirado y coadyuvado en la liberación de la otra mitad, proclamando su *curriculum vitae* de antiguo aristócrata y terrateniente que, con los métodos de un

asiduo autodidácta y una de las mentes más lúcidas que jamás alumbraran los celajes oscuros de ese vasto sector del mundo colonial, exigía a sus conciudadanos un merecido reconocimiento a sus logros intelectuales.

Como se puede fácilmente inferir de la educación y lecturas de Bolívar, no será difícil reconocer la influencia de la escuela de pensadores y oradores franceses. Estamos al final del Siglo de las Luces, el siglo de Francia. No obstante, Bolívar fue testigo del tránsito de una versión de Europa ilustrada por el humanismo de la Francia pensante hacia la visión influida por el pragmatismo de una Inglaterra que impulsa y marca el siglo XIX con el sello de la revolución industrial. Si bien el joven Bolívar había bebido de los manantiales del conocimiento en Madrid y París, será Bolívar el diplomático quien viaje con Andrés Bello en misión oficial a Londres y regrese tan impresionado por el orden y el progreso que le inspirara el sistema inglés, hasta el punto de convertirse, a lo largo de su evolución como estadista, en un admirador de las instituciones británicas, sin dejar de reconocer la imposibilidad de aplicarlas en su "Mundo Aparte".

Su contacto con Humboldt, conversando en francés, no podía soslayar la sensación que Bolívar a buen seguro tuvo al encontrarse frente a una mente prodigiosa, diríase la esencia de la experiencia universal acrisolado en la *Kultur* alemana. A esta escuela de la civilización europea occidental, Bolívar le seguiría la pista a través de las obras de la célebre Madame de Staël, algunas de inconfundible sello germanófilo y que Bolívar poseía, leía y comentaba.

Su viaje a Italia con su maestro Simón Rodríguez en 1805, sirvió para abrir sus ojos a la cuna del Renacimiento, sede de la Iglesia Católica y encrucijada de todas las culturas que alguna

vez bordearan el *Mare Nostrum* de los Césares y la Ciudad Eterna.

Este es el hombre que un día jurara, en Roma, libertar a su gran patria del yugo español.

III. Bolívar, el propio cronista de sus campañas, proyectos políticos y visión universal

Fueron 20 escasos años, desde 1810 hasta 1830, los que la cronología del Universo le ofreció a ese joven suramericano, venezolano, en un tiempo Presidente de Colombia y en otro del Perú, epónimo de un nuevo país andino, de habla y cultura hispana y trasfondo indígena, para que actuara ante la historia de la humanidad. En condiciones mucho más adversas que las que se le hubieran presentado a un europeo de su generación, si de recursos, logística, tecnología y organización social se tratara. Y mucho más onerosas que las que un dirigente asiático hubiera encontrado a su disposición en la tradición, identidad consolidada y cohesión religiosa o étnica, si se alzara en rebelión anticolonialista. Cada año de la vida pública del Bolívar Libertador o en sus marchas hacia la libertad, durante esos 20 años, podía valer por dos o hasta tres en la carrera de otros. El estaba consciente, como muy pocos hombres de su época, del valor épico del tiempo, además de su escasez.

Su comunión de la gran historia no le permitió ser parroquial, regionalista o aislacionista. Sabía que para que la historia universal le reconociera sus méritos a una revolución oriunda del Nuevo Mundo y, más aún de su rincón sur entre el Mar Caribe, la sierra andina y la ignota bóveda amazónica, a su conductor no

le quedaba más remedio que sacrificar su tiempo, salud y energía en aras de la causa, para así recompensar con un esfuerzo titánico sobre el teatro de operaciones lo que el trasfondo colonial y la desventaja geográfica le negaban. Aquél era el momento de Europa, señora del mundo, mientras que la América española no sería más, en la óptica europea de entonces, que un apéndice híbrido de España, uno de sus Estados relativamente rezagados en la competencia por ingresar al nuevo tiempo europeo, es decir, la impostergable transición entre lo idealista y retórico bañado en las luces de una romántica Ilustración y lo pragmático y productivo chamuscado por el hollín de una amanecida sociedad industrial.

Bolívar entendía esta situación a perfección. De ahí su constante alternación entre el caudal de conocimientos que recibiera del siglo XVIII, que lo fue de Francia, y la convergencia pragmática con la política, comercio y asistencia de Gran Bretaña, arbitro de las reglas de juego durante el siglo XIX. Y ello en función de la idea obsesión que lo perseguía: Formar de todo el Mundo Nuevo (ibérico) una sola nación con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un sólo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América (Carta de Jamaica, 1815).

Para confirmar, en términos absolutos, que Bolívar fue el conductor que, en su época y alrededores, más documentos públicos emitiera o más correspondencia movilizara, o más registros sobre sus propias acciones dejara para la posteridad, requeriría una investigación más exhaustiva. La equidad del investigador obliga a recorrer la parábola de notables

contemporáneos a lo largo y ancho del planeta: Napoleón en Francia, el Presidente Adams en Estados Unidos, Federico Guillermo III de Prusia, Tipu Sultán en el sur de la India, el emperador Chia Ching en China, Mohamed Ali de Kevala en Egipto, Chaka Zulu en Africa del Sur y cualquier otro conductor de la época, e inclusive de épocas anteriores.

Es difícil encontrar a un hombre público cuyo archivo, entre proclamas, manifiestos, actas, cartas, mensajes, decretos y otros documentos y papeles, ocupe 208 tomos, sin contar una parte considerada que debió extraviarse en penosos caminos de montaña o en accidentes de navegación. Para apreciar la sensación que Bolívar tenía de una historia que estuviera "filmando" con el caudal de su actuación, en guerra y en paz, de viajes o un reposo, se recomienda leer el Prólogo del libro *Cinco Documentos Esenciales de Bolívar*, publicado por la Embajada de Venezuela en Corea con ocasión del Seminario sobre las Ideas de Integración Política, Pensamiento Social y Militar de Simón Bolívar, llevado a cabo en coordinación con la Asociación Coreana de Estudios Latinoamericanos. No obstante, unas cuantas referencias básicas no están demás, comenzando por la primera recopilación orgánica de documentos bolivarianos que emprendieron los magistrados Cristóbal de Mendoza y Francisco Javier Yanes, incluso en vida del Libertador quien les facilitó, personalmente, copias de algunos documentos. Esta obra titulada *Colección de documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar*, en 22 tomos, se terminó de publicar en 1833.

De igual importancia son las *Memorias del General O'Leary*, primer edecán del Libertador quien, en el afán de acumular el mayor número posible de documentos, viajó a La Coruña, España, en donde convenció al retirado y veterano General Pablo Morillo,

otrora enemigo de Bolívar en el campo de batalla, que le cediera los documentos que habían caído en sus manos en la campaña de Cartagena. La obra del General O'Leary consta de 32 volúmenes y dos adicionales de índice. Otra colección muy amplia por reunir no sólo los documentos bolivarianos sino una gran cantidad de distintos papeles acerca del Libertador, está constituida por la compilación, en 14 volúmenes y un índice, del sacerdote y prócer de la independencia José Félix Blanco y del alto funcionario público Ramón Azpúrua: *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador* (1875). A mediados de este siglo salió la compilación *Obras Completas* de Simón Bolívar, seleccionadas y ordenadas por el historiador Vicente Lecuna (1952); más adelante la *Sociedad Bolivariana de Venezuela* (a partir de 1967), se ocupó de comentar y aclarar la documentación bolivariana.

Para un historiador o cientista social ubicado en otras latitudes y longitudes del mundo, como pueden ser las asiáticas o las africanas, sin exceptuar a las europeas y norteamericanas, constituye una rica fuente de orientación el acercamiento al Bolívar documentalista, condición previa impuesta por él a sí mismo para acceder al Bolívar del pensamiento universal.

De todas maneras, la aproximación a Bolívar en cualquiera de sus facetas, la militar, la cívica, la universal, la humana, sin que sea realmente posible trazar entre ellas líneas fronterizas más allá de una metodología de tratamiento teórico, requiere de un breve bosquejo, lo más sencillo posible, de sus coordenadas geográficas y cronológicas, a fin de comprender mejor su vocación de pensador universal, uno de los pocos de su época que se ocupara de pensar el mundo grande a excepción, quizá de algunos de los constructores de Estados Unidos, sus *Founding Fathers*, como Washington, Jefferson, Franklin o Hamilton, mayormente dentro

de una perspectiva blanca, anglosajona y protestante, en lo que se ha definido como WASP en la sociología de los Estados Unidos. Las circunstancias de Bolívar y su sociedad mestiza, así viniera él de su alta capa aristocrática y terrateniente, le facilitaron una visión mucho más amplia, acerca de su “pequeño género humano”, al que se percibió pertenecer, dentro de las dimensiones de un “mundo aparte” : americano, indígena, europeo y africano a la vez.

Es importante tener presente este sencillo mapa vital de los 20 años públicos de Simón Bolívar, a fin de evaluar su pensamiento original, y sin perder de vista su experiencia europea de estudiante, viajero y buscador de rumbos espirituales, emocionales y paisajistas, tras la pérdida de su joven esposa María Teresa del Toro antes de cumplirse el primer año de su trunco matrimonio.

1810: La experiencia diplomática en Londres, al viajar con Luis López Méndez y Andrés Bello a fin de conseguir apoyo a la decisión autónoma de Venezuela, aparentemente en nombre y defensa de los derechos del (temporalmente) depuesto monarca español contra Napoleón y, en el fondo, en anticipación a la separación potencial y definitiva. Conoce al Precursor, el Generalísimo Francisco de Miranda.

1811-12: Participa en el movimiento cívico que termina declarando la independencia de Venezuela (5 de julio de 1811, la Primera República), y en la campaña militar para defenderla contra la ofensiva del Comandante español Monteverde. Pierde la plaza de Puerto Cabello y, tras la capitulación de Miranda, logra salir de Venezuela vía Curazao y llegar a Cartagena, entonces bajo un gobierno republicano

- libre que le brinda apoyo (Manifiesto de Cartagena).
- 1813: La Campaña Admirable que lo lleva, bajando de los Andes, a liberar a Caracas y el resto de Venezuela. Es aclamado Libertador, primero en Mérida, luego en Caracas. La Segunda República.
- 1814: La reacción de fuerzas contrarrevolucionarias termina con la desaparición de la Segunda República. Cartagena se le cierra esta vez.
- 1815-1816: Un momento para la reflexión en Kingston (Carta de Jamaica).
Dos intentos para volver a Venezuela con la efectiva ayuda material y logística del Presidente Petión de Haití. Nace la Tercera República.
- 1817-1819: Se establece una base territorial en Angostura (hoy Ciudad Bolívar), al penetrar la escuadra del almirante Brión desde el océano por el río Orinoco. Campaña en el llano venezolano. Bolívar sube a los Andes y baja por el paso más prohibitivo para sorprender a las fuerzas españolas acantonadas en Nueva Granada. La batalla de Boyacá la libera para siempre. Vuelve a Angostura donde reúne el Congreso (Discurso de Angostura).
- 1820: Armisticio con el General Pablo Morillo (Trujillo, Venezuela).
- 1821: Nueva campaña en Venezuela: batalla decisiva de Carabobo. Constitución de Colombia (unión de Venezuela y Nueva Granada en Cúcuta), conocida como la Gran Colombia para distinguirla de la Colombia de hoy (la antigua Nueva Granada).
- 1822: Rumbo al Sur. Batalla de Bomboná y batalla de

- Pichincha (ganada por Sucre) para liberar el Ecuador. Encuentro con el Libertador argentino San Martín en Guayaquil, Ecuador.
- 1823-24: Altibajos en la Campaña del Perú. Batalla de Junín (con Bolívar) antes del triunfo definitivo de Sucre en Ayacucho. Concluye el dominio español tras tres siglos y un cuarto en la América Meridional.
- 1825: Creación de la nueva República de Bolivia, antes el Alto Perú o Charcas. Viaje de Bolívar por el mundo incaico hasta la cima del Potosí. Se establece en Lima como Presidente del Perú, Santander es el Vicepresidente de Colombia con sede en Bogotá.
- 1826: Constitución de Bolivia. Reunión del Congreso Anfictiónico de Panamá a fin de procurar un tratado de Unión, Liga y Confederación Perpetua entre las naciones que se independizaron de España. Bolívar lo concibe y lo dirige, pero no asiste en persona.
- 1827: Último viaje a Venezuela, donde permanece seis meses y reforma la Universidad.
- 1828: Cisma entre Bolívar, el Presidente de Colombia y el Vicepresidente Santander. La fallida Convención de Ocaña (Nueva Granada). Bolívar se instala temporalmente en la cercana ciudad de Bucaramanga. Aclamado por el pueblo, asume el gobierno con carácter dictatorial. Atentado contra su vida en septiembre.
- 1829: Guerra entre Perú y Colombia que Sucre gana y otorga a los vencidos el mismo trato que les había ofrecido antes de la batalla.
- 1830: Desilusionado, Bolívar renuncia a la Presidencia

desde Bogotá y se dirige al exterior. Asesinato de Sucre. La integración tripartita (Venezuela, Nueva Granada, Ecuador) en la (Gran) Colombia se derrumba. Enfermo y decepcionado, desembarca en Santa Marta, Nueva Granada, donde concluyeron, con la muerte física, las dos décadas de la actuación pública de Simón Bolívar.

Este recorrido de veinte años, como todas las parábolas de los grandes hombres y de los grandes proyectos, tuvo un *antes* y un *después*. Discrepan los historiadores en la escogencia de la línea separatriz, según el énfasis que se quiera dar a la gesta bolivariana. No obstante, sería como tapar el sol con un dedo ignorar el cambio radical que experimenta la causa y el protagonista como el resultado de su decisión de trasladarse de Jamaica a Haití a finales de 1815. ¿Por qué? Precisamente porque, en el fondo, las grandes potencias europeas, Gran Bretaña inclusive, tenían sus recelos ante un fenómeno que, si bien significaba la liberación e independencia de unos territorios incorporados a la superestructura occidental en cuanto leyes, lengua, tradición y forma de gobierno, también encerraban el peligro de un fuerte cismo social que podría amenazar sus intereses comerciales, la institución esclavista y las inversiones que cada potencia quería conservar en su respectiva colonia. El único país autóctono de la región que había surgido de una revolución social y estaba dispuesto a defenderla era Haití. Dirá el finado historiador haitiano-venezolano Paúl Verna: "La Revolución Haitiana era pues una auténtica revolución. Por las primeras leyes y medidas que adoptó, el Estado haitiano suscitó una verdadera conmoción de orden político, económico y social en América".

Dos veces el Presidente Petión de Haití hubo de prestarle

asistencia material y moral a la campaña de Bolívar en el Caribe, en pos de la liberación de la costa firme de Venezuela. Fue al salir de Haití cuando la campaña itinerante se transformó en revolución libertadora. Bolívar llegó a decretar la libertad de los esclavos y el reparto de tierras entre los combatientes. El mismo se transformaría a partir de Haití. El mantuano, aristócrata, diplomático del Primer Mundo que existía en él y en su intelecto no desaparece, pero acomoda a su lado a un nuevo Bolívar: al guerrero, al batallador, al jinete, al compañero de armas de llaneros, negros, zambos, mestizos y hombres salidos de la inmensidad diversa de Venezuela - los mismos que había dominado su adversario Boves - y con ellos comienza Bolívar a trillar los mil caminos, hasta escalar la cima del Potosí.

Fue a partir de Haití cuando la Revolución Libertadora se embadurna del barro del país de abajo y de adentro. El mismo Bolívar sería el puente ideal entre el extremo fino de la Revolución que encarnaba Miranda y el otro extremo, duro, que sería Páez.

IV. Bolívar: precursor del anticolonialismo y de la integración regional de las naciones emergentes

No fue Bolívar el único conductor de una revolución anticolonial en el mundo, ni siquiera en su época. Su peso singular resalta por el hecho de que su guerra de independencia no estuvo dirigida solamente a libertar un territorio políticamente formado y preexistente, sino que sintió sobre sus hombros el peso histórico de definir dicho territorio de nuevo e intentar hacerlo existir. Fue una tarea militarmente difícil y políticamente riesgosa: la de darle

independencia a un espacio y exigirle al mismo tiempo no ejercerla, en aras de afirmar una patria integrada en dimensión mayor.

¿Que razón tendría Simón Bolívar al proclamar la libertad de Venezuela para solicitarle, ya en el fragor de una batalla prometedora, que esperara por la independencia y libertad de la vecina Nueva Granada?

¿Que razón tendría Simón Bolívar al escalar la cordillera andina, ver morir de frío y fatiga a la mitad de sus llaneros y caballos para darle libertad a la Nueva Granada, y solicitarle que esperara la unión con Venezuela y Ecuador?

¿Que razón tendría Simón Bolívar al escalar la cumbre del Chimborazo en la línea ecuatorial tras la liberación de Quito y solicitar tropas para seguir con las armas hasta el Perú?

¿Que razón tendría Simón Bolívar al contemplar en sus manos el pendón de Pizarro, símbolo de la conquista española, y al ser obsequiado con el honor de ver su nombre puesto al Alto Perú, para seguir pensando ora en liberar a Puerto Rico y a Cuba, ora en "marchar contra España si no quisiesen la paz los españoles"?

La respuesta a estas interrogantes Bolívar la buscó y encontró en la visión universal que el estadista que lo fue por intuición había perfeccionado mediante el conocimiento de su ambiente y el dominio del arte de la política. De su viaje a Cartagena de Indias a raíz de la caída de la Primera República (1812) nace el principio de la defensa complementaria contra el colonialismo al ocupar una zona ideológica firme y permanente en su pensamiento: la liberación de un pedazo del sistema colonial no surte efectos permanentes sin su extensión al sistema entero. De ahí su grito al llegar a una Cartagena libre pendiente de la liberación de una Caracas y de una Bogotá subyugadas: "Libertar a la Nueva

Granada de la suerte de Venezuela y redimir a ésta de la que padece, son los objetos que me he propuesto en esta materia”.

Toda la filosofía y acción de los conductores de los pueblos coloniales después de la Segunda Guerra Mundial vino a comprobar esta sabiduría de carácter geopolítico y aplicación universal. La humanidad ha trajinado más de medio siglo consolidando la independencia de los países afroasiáticos y procurando la convergencia y asistencia mutua entre ellos, dentro de este esquema previsto por Simón Bolívar.

En segundo lugar, su genio comprendió que los países de independencia reciente que se encontraban en una misma región, tenían que formar un bloque defensivo de cierta coherencia para conservar dicha independencia. Sus conocimientos acerca de alianzas y equilibrios de poder en que los políticos europeos se consumían le alertó sobre la necesidad, más que conveniencia, de formar el bloque que creía más adecuado, no sólo para el rincón del mundo que directamente libertara, sino para toda la América española que en su Carta de Jamaica había analizado y evaluado, a efectos de la próxima actuación en el mundo internacional de la cosmopolítica.

Han llamado utopía al Congreso Anfictiónico que Bolívar convocó en Panamá, diez años tras haber escrito la Carta de Jamaica y en el mismo día en que venía la gran noticia del triunfo de Sucre en Ayacucho. Su proyecto de Unión, Liga y Confederación Perpétua no podía esperar un día más. Ningún pensador de su época y mucho menos los jefes de Estado podían prever el futuro comportamiento del mundo por bloques geográficos, geopolíticos o económicos cual vendría sucediendo después de la Segunda Guerra Mundial, y con mayor ahinco y relevancia tras el final de la Guerra Fría.

En una mente lúcida que se dirija hacia la dimensión universal del planeta, lo regional hispanoamericano le iría a resultar como la mínima dimensión adecuada para que los nuevos Estados-nacionales individuales, nacidos de quince años de guerra y política, pudieran sobrevivir y crecer dentro de un sistema de seguridad, protector de su libertad, independencia, soberanía y derechos civiles. La idea de expandirse el Estado nacional hacia el bloque regional en confederación aseguradora de la independencia individual, se le ocurre a Bolívar con la misma facilidad y naturalidad con que contemplaría el abuso de los tratados leoninos ofrecidos - casi impuestos - por las dos potencias marítimas y navales de la época - amigas por cierto como fueran Gran Bretaña y Estados Unidos - cuando pretendieron reconocer la independencia de su país a cambio de ventajas comerciales y nuevas formas de relación, oportunamente llamada "neocolonial".

La esencia de esta dicotomía la reconoció Simón Bolívar, el autor intelectual e histórico del Congreso Anfictiónico desde 1825, al examinar el Tratado de Amistad, Navegación y Comercio con Gran Bretaña, cuando sentenció: "El Tratado de Amistad y Comercio entre Inglaterra y Colombia tiene la igualdad de un peso que tuviera de una parte oro y de la otra plomo. Vendidas estas dos cantidades veríamos si eran iguales. La diferencia que resultara, sería la igualdad necesaria que existe entre un fuerte y un débil" (Carta a Santander desde Potosí, 27 de octubre de 1825).

Reconociendo esta debilidad que "no podemos evitar", por ser intrínseca de los países que emergen de la dependencia colonial hacia la independencia política, Bolívar convocó al Congreso del Istmo con el magno propósito de crear un subsistema regional (hoy lo llamaremos latinoamericano o latinocaribeño), capaz de compensar, en estricto apego al Derecho de Gentes, las

desigualdades entre el oro y el plomo.

175 años después, parece que la situación poco ha variado. A lo largo de un siglo y tres cuartos de otro, si bien ha sido inmenso el avance de la humanidad en inventos, tecnologías, ciencias, comodidades, comunicaciones físicas y sensoriales, la relación de poder que condiciona la cosmopolítica internacional es esencialmente la misma áureo-plumbea evocada por Bolívar: de oro para los rectores en el centro del sistema y de plomo para los seguidores en su periferia. Esta no es más que el cinturón geográfico otrora colonizado en América Latina y el Caribe, Africa, Asia y Oceanía, donde los seres humanos que lo integran, pese a sus múltiples diferencias étnicas, sociales y culturales, se encuentran al Sur del progreso, de la máquina, de la computadora, de la simetría urbana, de la democracia en justicia social, de la educación, de la salud o de una competitividad con sentido realista. Es *Humania del Sur*, el territorio vasto y heterogéneo de lo que nació como Tercer Mundo.

El Congreso Anfictiónico, idea que Bolívar asoma en Jamaica y vitaliza en Lima, configuraría la respuesta "nuestroamericana" (léase latino, hispano, ibero, indo, afroamericana) al Centro, mediante la construcción de un mecanismo jurídico - Tratado de Unión, Liga y Confederación - con un anexo sobre el mantenimiento de fuerzas marítimas y terrestres, lo que habría convertido a la Confederación en una suerte de Consejo de Seguridad Regional.

Es cierto que el proyecto bolivariano fracasó en el terreno diplomático. Muchos factores, endógenos unos y externos los otros, conspiraron para que el resultado se redujera a un Tratado de Unión, Liga y Confederación (julio, 1826), no perpetuo como el Libertador lo deseaba, sino vigente mientras durara la

contingencia bélica con España.

De las ideas fijas de Bolívar quedó, del período en que dirigía la simultanea negociación de tratados de alianza y paz entre Colombia y sus vecinos, el principio jurídico del *uti possidetis juris* (lo que poseáis poseeréis), aplicable a las disputas territoriales, pues remite el trazado de los límites a lo preexistente a la hora de la independencia de España. Es significativo recordar que los países africanos adaptaron esta fórmula al acceder a la independencia política a partir de los años 60, siendo rubricada en una resolución tomada en el seno de la Organización de Unidad Africana (Addis Abeba, 1963) y confirmada en El Cairo al año siguiente, para volver a ser subrayada en Argel hace un par de años.

V. Eco de la Anficción de Panamá en Bandung, 129 años después

Como quiera que el proceso de la descolonización es de carácter universal, los principios que guiaron a Bolívar al dar sus instrucciones a los delegados ante la Anficción del Istmo de Panamá, repercutieron 129 años después cuando los países afroasiáticos llevaron a cabo la Conferencia de Bandung, Indonesia, en abril de 1955. Bajo el liderazgo del Pandit Nehru de la India, el anfitrión Sukarno de Indonesia, el Premier Chou-en-Lai de China, el carismático líder egipcio Coronel Gamal Abdel Nasser, el premier U Nu de Birmania y el futuro Presidente de Ghana, Kwame Nkrumah, se congregan 29 países de los dos continentes del Viejo Mundo, cuya colonización por las potencias europeas se desarrolla tanto en una primera etapa coetánea con la

del descubrimiento y poblamiento de América, como en otra posterior al extenderse la navegación a vapor y expandirse la revolución industrial. Fue el objeto de esa reunión tan parecida al Congreso de Panamá deliberar sobre una postura común ante sus antiguas potencias coloniales y ante el resto del mundo.

¿Qué otro mensaje habrían de legarnos los arquitectos de Bandung, cuando se reunieron en una importante edificación colonial que le había servido de club a los oficiales holandeses, para acogerse a los cinco principios de la *Pantchasila*, promovidos por el anfitrión Sukarno?

1. El respeto mutuo a la integridad territorial de los países afroasiáticos. ¿No es esto el *uti possidetis juris*, aplicado por Bolívar a los países hispanoamericanos?
2. No agresión. ¿No fue eso lo que llevó a los diplomáticos Mosquera al sur y a Santa María a México? ¿Cómo se llamaron los Tratados por ellos concluidos como distintos de aquellos áureo-plúmbeos de la imposición neocolonial?
3. No interferencia. ¿No fue este principio el que Bolívar aplicara gallardamente al Alto Perú, luego Bolivia, rehusándose a aceptar inicialmente su independencia hasta que Buenos Aires, cuyos derechos habría interferido, no lo absolviera voluntariamente?
4. Igualdad y beneficios mutuos. ¿No es esto lo que Bolívar buscó a través de la anfictionía? ¿No era una liga de naciones soberanas e iguales pero unidas por un mismo lazo defensivo común, lo que quería obtener para su mundo aparte hispanoamericano? ¿No fue él el arquitecto de una política universal contra el neocolonialismo político y económico, razón de ser del contemporáneo Movimiento de los No Alineados?

5. Coexistencia pacífica. ¿Qué lección hermosa y noble no podrá sacar el hogaño Tercer Mundo de la entrevista entre Bolívar y San Martín? ¿No significó acaso que la coexistencia pacífica entre dos potencias emergentes del nuevo orden postcolonial sería la mejor garantía para que éste en paz sobreviviera?

VI. La conciencia de los tres mundos percibidos por Bolívar

Sin pretender redactar una tesis docta sobre la materia, a Bolívar le bastaron dos oportunidades como fueran la *Carta de Jamaica* y el *Discurso de Angostura*, para expresar por primera vez en la historia de la humanidad, una visión novedosa sobre la existencia implícita de tres grandes sectores que, a su juicio, componían el universo humano. No es que él mismo formulara tal clasificación en blanco y negro; la misma se infiere de la lectura de estos dos documentos estelares, pertenecientes a 1815 y 1819 respectivamente.

No cabe duda acerca de su reconocimiento a Europa como la fuente de todo lo que América había recibido, por bien o por mal. En realidad, ningún reconocimiento de tal índole le haría falta a la alta sociedad criolla en ninguna colonia o provincia del imperio español o portugués: todo el esfuerzo relacional en lo económico, social, religioso, cultural, educativo, administrativo y espiritual se dirigía desde las distintas capitales virreinales o provinciales hacia Madrid o Lisboa, y de ellas recibía la retroalimentación. De la misma manera Madrid y Lisboa emitían sus señales y de las colonias recibían otra retroalimentación, sobre todo en metales preciosos, productos agrícolas y lenta transferencia de capitales

acumulados.

Por estar plenamente consciente de la estrechez de esta relación tubular desde sus primeros viajes a Europa, Bolívar rompe y abre la frontera colonial hacia el marco más ancho y liberal de Europa que, con sus bondades y defectos, sería percibida como una suerte de Primer Mundo.

No hacen falta nuevos señalamientos para reafirmar que Bolívar reconocía en su América meridional a un "mundo aparte", "nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en el uso de la sociedad civil", así como veía el "nosotros" como "un pequeño género humano" (*Carta de Jamaica*). Más adelante le recordará al Congreso de Angostura: "Tengamos presente que nuestro Pueblo no es el europeo, ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y de América, que una emanación de la Europa, pues hasta la España misma, deja de ser Europa por su sangre africana, por sus instituciones, y por su carácter".

Mas sí hace falta indicar cuándo, dónde y cómo Bolívar introduce su concepto de un tercer sector distinto a los anteriores. Por haberlo expuesto en la Carta de Jamaica como en el Discurso de Angostura en términos similares, transcribamos el párrafo respectivo de este último documento.

"Todavía hay más, nuestra suerte ha sido puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica. Permítaseme explicar esta paradoja. En el régimen absoluto, el poder autorizado no admite límites. La voluntad del Déspota, es la Ley Suprema ejecutada

arbitrariamente por los subalternos que participan en la opresión organizada en razón de la autoridad de que gozan. Ellos están encargados de las funciones civiles, políticas, militares y religiosas; pero al fin son persas los sátrapas de Persia, son turcos los bajaes del gran señor, son tártaros los sultanes de la Tartaria. La China no envía a buscar Mandarines a la cuna de Gengis-Kan que la conquistó. Por el contrario la América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa, no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos: tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes revoluciones. Lo diré una vez, estábamos abstraídos, ausentes del universo en cuanto era relativo a la ciencia del Gobierno”.

El valor de singulizar a este “Tercer Mundo” como distinto, tanto del punto de partida como fuera el mundo europeo, como del “nuestro” o “el aparte”, el pensador universal no olvida este tercer bloque, aún más aparte que el suyo, pero que por su peso específico merece ser respetado en el equilibrio mundial, independientemente de que su idiosincrasia fuese o no de nuestro modo de ser. Puede volverse tirano, despiadado e, implícitamente, peor de lo que se pudiera achacar a la Europa colonialista (para él y su medio, España), pero para el futuro Libertador, este tercer grupo era libre.

Tan pronto como la América meridional o el “Mundo Aparte” abandonara sus directrices, Bolívar jamás se atrevió a pensar que su América iría a perder la libertad económica y el control social hasta sumarse a la categoría que, a mediados del siglo XX, iría a

ser conocida como el Tercer Mundo. Retomando las enseñanzas de Bolívar, llegará el momento en que a este Tercer Mundo se le reconocerá, más objetivamente, como *Humania del Sur*.

VII. Hacia la conciencia y concepción universal del naciente Estado nacional

Mucho antes de que se ponga en boga la “globalización” o “mundialización”, como hoy por hoy se le ha propagado a nivel planetario e independientemente de sus connotaciones, Bolívar, el del pensamiento universal, ya había llegado a la conclusión de que, tarde o temprano, la confluencia hacia una causa unitaria común, desde la misma diversidad, sería de alguna manera el destino de la humanidad. Claro está que, en lo de alguna manera , se encierra todo un universo de opciones.

En su entrega a una causa de vida o muerte como lo fuera su lucha por la liberación continental, Bolívar intuyó que los sufrimientos humanos no podían seguir siendo sujetos a las leyes ciegas de la guerra. Su paso de vencedor desde el río Táchira, limítrofe con la Nueva Granada, hasta llegar al centro del país, le permitió palpar la magnitud de las atrocidades y crueldades cometidas por el comandante español Domingo Monteverde y sus subalternos. Resolvió elevar su queja a la conciencia del mundo, a través de los canales de comunicación que el mar le abría hacia el exterior. Si bien el mismo acababa de emitir el Decreto de Guerra a Muerte contra los españoles y canarios a su paso por la provincia andina de Trujillo, le pareció una obligación moral de máxima relevancia el dirigirse en Valencia del Rey, a 20 de septiembre de 1813, a las Naciones del Mundo , así como al

Gobernador británico de Curazao, tanto para explícitamente exponer las crueldades del enemigo, como para implícitamente justificar su réplica.

En nuestra obra *"Bolívar y el Tercer Mundo"* (1984) escribimos:

"Nunca antes y por muchos años después un conductor revolucionario se sentiría tan obligado a explicar su conducta a la conciencia mundial. Sólo un precursor preclaro del actual sistema universal pudo haber vislumbrado, cien años antes de la creación de la tímida Sociedad de Naciones, que el rompimiento de un sistema y la clausura de una época con la consecuente apertura de otra, merecían una apología. De esta manera no será exagerado llamar a Valencia, capital del estado Carabobo, la ciudad Primogénita del Sistema Universal Descolonizado".

Enaltece el nombre de la Colombia de Bolívar, el Tratado para regularizar la guerra con España, concluido en Trujillo, Venezuela, a la hora de firmar el armisticio en noviembre de 1820. Antes de que los suizos Moynier y Dunant abogaran por una regulación internacional de los heridos y enfermos, Bolívar y Morillo, su contrincante español, acordaron que los soldados aprehendidos heridos no serían prisioneros de guerra, sino convalecientes que tendrían derecho a la asistencia médica y a la reintegración a las filas del bando bajo cuya bandera combatían, si ésa fuese su voluntad.

Al final de la pieza dirigida a las Naciones del Mundo desde Valencia, el Libertador Bolívar anunció la apertura de los horizontes de Venezuela a la sana y productiva inmigración:

"Suspended a lo menos el juicio, y si por vosotros mismos buscáis la verdad, Caracas no sólo ha convidado, sino que desea ver entrar por sus puertos a todos los hombres útiles que vengan

a buscar un asilo entre nosotros y a ayudarnos con sus industrias y sus conocimientos, sin inquirir cuál sea la parte del mundo que les haya dado la vida”.

Desde Kingston, Bolívar volverá a expresar su fe en el poder de la inmigración, específicamente en la “europea y asiática”.

Además de sentar esta pauta de la cual Venezuela no se ha apartado como país generoso, espléndido y solidario con los inmigrantes, refugiados, desplazados y visitantes, es asombrosa la fuerza telúrica de la frase “sin inquirir cuál sea la parte del mundo que les haya dado la vida”. Su posterior énfasis en la inmigración europea y asiática constituye una suerte de pronóstico sociológico a nivel universal con respecto a los continentes del Viejo Mundo que, hoy por hoy, junto con los Estados Unidos liderezan el desarrollo industrial.

Si a algún pensador del siglo XIX se le hubiere ocurrido cavilar sobre “la guerra y la paz en la aldea global”, tal sería el título escogido por el filósofo canadiense de la comunicación Marshall MacLuhan hacia mediados del siglo XX, ese pensador decimonónico sería Simón Bolívar. En una época en que exaltar las virtudes y particularidades, reales o imaginadas, del Estado nacional se practicaba como artículo de fe para justificar una suerte de autarquía en tanto desiderátum, el caraqueño universal de Simón Bolívar ya sabía que el mundo avanzaría hacia la integración, a partir del bloque regional hacia lo universal. Mucho antes de la convocatoria al Congreso Anfictiónico del Istmo en Panamá, escribió al Director Supremo de Chile, desde Cali en la Nueva Granada, a 2 de enero de 1822:

“El gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores, roto las tablas de sus leyes tiránicas y fundado instituciones legítimas: más todavía nos falta poner el

fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas”.

Desde tempranos tiempos había escrito:

“Yo llamo a esto el equilibrio del universo, y debe entrar en los cálculos de la política americana”.

De suma importancia para la reafirmación del ideal universalista de Bolívar resulta este fragmento de su “Pensamiento sobre el Congreso de Panamá”:

“En la marcha de los siglos, podría encontrarse, quizá, una sola nación cubriendo el universo: la federal”.

Es muy posible que, dentro de las décadas que faltan para que este pensamiento sea considerado una profecía cumplida, quede grabado en cien idiomas sobre el pórtico del algún palacio que vaya a simbolizar la simbiosis del mundo y su convergencia, para no decir, de buenas a primeras, su integración.

VII. El ideal de un modelo de gobierno programado para un mundo de integración

Parece increíble que un hombre de principios del siglo XIX hubiera pensado en un modelo de gobierno no sólo cónsono con su época, sino programado para un mundo de avanzada, de interconexión y de potencial integración.

Si comenzamos por la clase de gobierno, se diría que Bolívar no ha descubierto la piedra filosofal al sentenciar en Angostura:

“Sólo la Democracia, en mi concepto, es susceptible a una absoluta libertad...”

Al citar esta frase sin la pregunta que el autor luego se hace a sí mismo, “pero ¿cuál es el Gobierno Democrático que ha reunido

a un tiempo, poder, prosperidad y permanencia?", se podría dejar una falsa impresión en el sentido de que tal condición tan difícil de cumplir equivaldría a negar las virtudes de la democracia al ser descartada por imposible. Máxime cuando él mismo acotará:

"El sistema de gobierno más perfecto, es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social, y mayor suma de estabilidad política".

Para inducir de lo antedicho que sólo los gobiernos fuertes o dictatoriales son capaces de lograr estas metas, existen citas en el documental bolivariano. Pero también nos es dable inferir que si, para su época y lugar, no existía el gobierno democrático que hubiese reunido poder, prosperidad y permanencia, él nunca dijo que no se debía bregar porque existiera. Todo lo contrario es más bien lo evidente.

Todas las reformas de Bolívar, el gobernante, iban en el sentido claro de modernizar el aparato administrativo y ponerlo a tono no sólo con aquellos tiempos suyos, sino con los venideros también.

En los proyectos constitucionales que impulsara y que se elaboraran bajo la égida de su concepción republicana (Angostura, Cúcuta, Bolivia), no existiría la esclavitud. Me parece una locura que en una revolución de libertad se pretenda mantener la esclavitud, escribe a Santander el 10 de mayo de 1820.

En cuanto a la propiedad de la tierra, el proyecto de Angostura contempla la dotación de tierras mediante fórmulas de reforma, avanzadas para la época.

La propiedad de yacimientos y minas recae en el Estado, fundamento inquebrantable del dominio posteriormente ejercido por Venezuela sobre su riqueza petrolera.

La conservación de los recursos naturales renovables - fauna y flora formará parte integérrima de una filosofía gubernamental y

de su acción legislativa. La cosmopolítica bolivariana ocupa su espacio a principios del siglo XIX con medidas ecológicas que sólo adquieren validez universal a finales del siglo XX.

Quizá la más efectiva política para dotar a los nuevos Estados de una permanente fuerza motriz de progreso continuo sea lo contenido en su célebre pensamiento pedagógico: "El primer deber del Gobierno es dar educación al Pueblo".

El académico e historiador venezolano, J.L. Salcedo-Bastardo, resume la actitud de Bolívar, el gobernante ilustrado, en uno de los primeros capítulos de su obra titulada, precisamente, "El Primer Deber" (1973).

"Ese orgánico conjunto de metas diáfanas y de fórmulas exactas para edificar el Nuevo Mundo: Independencia política, Justicia económica, Igualdad social, Unidad jurídica, componen el programa destinado a dar sentido a la vida americana, y forma a su vez la versión de la revolución en los dominios ya particulares de la historia, donde nada menos ha de ser: orientación histórica.

"La Revolución ofrece las líneas que justifican y canalizan nuestra existencia histórica. Quizás en el mundo la revolución bolivariana es el primer gran intento de un movimiento de libertad integral y de signo colectivista. La Revolución aquí programada, apunta a esa original posibilidad de un orden avanzado y audaz, con el cual se sustituye a otro reaccionario y agotado, en fin, un orden positivo que respeta los fueros de la persona humana y acata el interés colectivo superior".

Estas máximas son, precisamente, las que orientarán el tránsito de una Venezuela representativamente democrática hacia una Venezuela bolivarianamente democrática y soberana. De esta manera el Presidente Hugo Chávez, conductor de la patria de Bolívar bajo el signo y nombre de Bolívar, interpreta el hoy y el

mañana en los términos siguientes, extraídos de la *Presentación* escrita para la segunda edición (1999) de nuestra obra *Bolívar y el Tercer Mundo*:

“Hoy nos toca vivir una época de inéditos cambios que habrán de configurar el mundo del mañana. Toda nuestra acción inspirada en los ideales bolivarianos, se concentra en la refundación de la nación venezolana a través de una revolución democrática, pacífica y en libertad, que pueda traducirse en aquella máxima del Genio de América: El mejor gobierno es aquel que da mayor suma de felicidad a su pueblo. Para hacerlo, soberanamente, en medio del proceso de globalización que rige el mundo, necesitamos las naciones y los pueblos latinoamericanos, construir un polo de fuerzas que contribuya a la creación de un mundo multipolar, a partir de nuestra idiosincrasia, como aporte propio al gran compromiso de fortalecer la confraternidad humana”.